

CARTA LATINOAMERICANA DE LOS Y LAS MIGRANTES



Nosotros, seres humanos, mujeres y hombres migrantes.

Todas las personas que vivimos las diversas formas existentes de la movilidad humana.

Y que sufrimos sus específicas formas de negación de la dignidad y los derechos humanos, tales como el Tráfico, la Trata, el desplazamiento y el refugio, la negación legal y de hecho de la ciudadanía, la xenofobia, el racismo, la explotación laboral y sexual, la exclusión, el sexismo, el clasismo, la intolerancia de creencias y cultura, la agresión militar, la débil o nula responsabilidad social de los medios, los egoísmos y competencias laborales y chauvinistas, los abusos o tratos despectivos de algunos funcionarios públicos, los temores e incomprensiones de algunos tomadores de decisiones, los rezagos e indecisiones institucionales, y todas las demás formas.

Libremente auto convocados.

En ejercicio de nuestra dignidad y derechos, que nos vienen de nuestra naturaleza humana y no de ninguna otra fuente.

Haciéndonos protagonistas de nuestro destino, como parte del destino de toda la humanidad.

Declaramos al mundo entero:

QUE EL PLANETA Y SU UNIVERSO CIRCUNDANTE ES DE TODOS Y TODAS

Habitamos una única y misma casa: el planeta tierra, y su universo circundante.

De ese hecho básico nace el derecho y dignidad de todos y todas, sin excepción, ni diferencia alguna, a vivir dignamente y en armonía en él

Todos los continentes fueron uno solo hace miles de años atrás, cuando el “pangea” o gran continente único comenzó a desmembrarse, repartirse y colisionarse.

También hoy el Sur del mundo se incrusta, a veces sin consulta ni permiso, en el Norte. Encontramos trozos de Tijuana, Lima o Santiago en Nueva York; y de Argelia, Nigeria y El Salvador en el corazón mismo de la Unión Europea, por ejemplo.

Casi como una ironía inconsciente por parte de la propia historia que hacemos, masas de ex-colonizados “re-colonizan” las antiguas metrópolis.

Millones de despojados rebuscan por la geografía desigual del presente su parte; persiguiendo la nueva quimera del oro del consumo; quieren conducir los lujosos autos que en sus calles sólo podían cuidar, lavar o intentar robar.

Persiguen su derecho a ser cómo quieren, a no resignarse simplemente a ser el que les ha tocado.

Y también viceversa, porque el primer mundo se clava en las costillas todavía pobres y subdesarrolladas del tercero, en el drenaje de sus riquezas, sus grandes empresas hasta ayer nacionales, en sus barrios lujosos, en sus modas y patrones de consumo globales.

No es la tierra esta vez la que se mueve, somos nosotros.

Los y las migrantes, todas las personas que vivimos las diversas formas de movilidad humana, somos parte consustancial de las nuevas realidades mundiales y también una expresión emblemática de sus contradicciones y desafíos.

Por eso, aún cuando la ignorancia, la incomprensión y desidia de los Estados y de amplios sectores de la población continúa haciendo de la migración un naufragio evitable de la dignidad y la felicidad humanas, está llena de una riqueza enorme, preñada de oportunidades y de esperanza para toda la humanidad.

Estamos cambiando de hecho la forma de pensar y vivir la democracia y la cultura.

Somos embriones de construcción de la nueva ciudadanía, primero bi y después multinacional, finalmente universal, basada en una creciente pluri identidad.

Somos creadores de un mundo nuevo y de todos, empezando por nuestros países de origen, tránsito y destino, a los que aportamos además, y contra todo obstáculo e incompreensión, como dobles o múltiples agentes de desarrollo.

Cumplimos una tarea histórica y humana. Todos los continentes fueron uno y volverán a serlo.

QUE LA MIGRACIÓN SERÁ UNA OPCIÓN LIBRE Y DIGNA EN TODAS PARTES DEL PLANETA

El Planeta es de todos y todas, en igualdad de derechos y dignidad. Ningún poder o autoridad puede negar el derecho de todos y todas a circular y residir en cualquier lugar de él.

Al igual que las aves, siempre nos hemos desplazado.

Desde el mismo instante en que nuestros antepasados primates, hace cerca de 10 millones de años, bajaron de los árboles y comenzaron a caminar, transformándose así en homínidos, la migración está casi en nuestra definición como seres humanos; y nuestra historia es posible de ser contada como la historia de nuestros traslados en contra y a pesar de los muros con que recurrentemente se intentó -a la larga siempre en vano- detenerla.

En épocas primitivas, como urgente necesidad de buscar o seguir a los animales, vegetales, climas y zonas que nos prometían sobrevivir o mejorar la vida.

Más tarde, como consecuencia de la expansión del poder de pueblos más fuertes y ambiciosos, quienes, a cambio del exterminio de pueblos más nobles y menos tecnologizados, entregaron hermosas iglesias construidas con el dinero de la trata de esclavos.

Siempre nos hemos desplazado. Los más afortunados, siguiendo a un amor, una familia o una causa.

Y aunque hoy pueden ser tantas las razones como emigrados, predominan, sin embargo, motivos complejos y, muchas veces, realidades dolorosas, en un escenario que no es, tal vez, el que quisimos, cuando recién ocupamos por primera vez estos inquietos continente.

La creciente y visible desigualdad del desarrollo mundial al interior de los países y entre países, su enormidad, persistencia y notoriedad, al tiempo que la

disponibilidad y acceso a los medios comunicacionales para saber de, y trasladarse al lugar donde la aspiración de vivir, sobrevivir o mejorar la calidad de vida puede realizarse, hacen compulsiva la migración mundial actual para millones de nosotros.

De ahí nace la persistencia, muchas veces desesperada y a veces fatal, aún contra toda normativa, represión o peligro, de migrar hacia otros países percibidos con más oportunidades, como destino que da sentido a la vida misma y a veces a la muerte para millones de nosotros en el mundo actual

En su ignorancia y falta de humanidad, poderes, autoridades, leyes y personas, nos consideran por esto con menos valor y menos derechos. Se equivocan y se degradan a sí mismos al degradarnos.

Somos seres humanos plenos. Cargamos o renovamos nuestra identidad y pertenencia, entre aviones, buses, trenes, barcos, pateras, caminos, fronteras, prejuicios, bienvenidas, dolores, desgarramientos, alegrías, sueños y satisfacciones.

Habitamos y existimos, estamos en la web, opinamos, bailamos, peleamos, consumimos cerveza y coca cola, pagamos deudas, amamos, odiamos, cometemos errores y cambiamos de opinión, buscamos lo que todos, a fin de cuentas: felicidad.

Y como todos, tenemos todos los derechos, todos exigibles, en igualdad absoluta de condiciones, y no por gracia de nadie más.

Toda negación de este principio es falta de humanidad, es negación de humanidad. Las leyes, normas y prácticas que todavía no hacen coherencia plena a este principio desaparecerán y serán recordatorio de épocas de menos humanidad que no han de volver.

La desigualdad del desarrollo y bienestar en los países y entre países, es absolutamente evitable y constituye un crimen contra la humanidad. Y será superada.

La migración y todas las formas de movilidad humana serán una opción libre y digna en un mundo digno y de todas y todos por igual, con solidaridad y paz.

Por eso no hay muros que nos detengan, redadas que nos disuadan, ni deportaciones que terminen con nosotros. Porque cumplimos con este deber de humanidad.

Valoramos como un paso importante todos los instrumentos internacionales, especialmente los de las Naciones Unidas, que apuntan hacia este principio, aunque son necesariamente insuficientes hasta no alcanzar su pleno reconocimiento y ejercicio.

QUE EL RACISMO ES UN GRAVE ERROR DE INEXPERIENCIA Y FALTA DE EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD, QUE ESTÁ SIENDO SUPERADO POR EL CRECIMIENTO DE LA CONCIENCIA HUMANA

Ahora sabemos con total certeza que todos empezamos a caminar desde el África hace cerca de 10 millones de años. Todos somos africanos bajo la piel.

Sabemos por donde fue que vinimos. Que todos los europeos son turcos. Que tenemos hermanos y primos en todas partes.

La humanidad es una, en todo el sentido de la palabra. Su larga historia de variedad es producto del cruce del tiempo, con todos los caminos y todas las geografías y climas.

El color de piel es un hermoso accidente de las circunstancias y la humanidad a medida que crece lo va entendiendo. Esto es inevitable.

Cuando la conciencia humana sea suficiente, el racismo será un recordatorio de los viejos días de menos humanidad y nuestra variedad de formas y colores será un regalo de riqueza para las generaciones futuras.

QUE LA CULTURA, LA IDENTIDAD Y LA CIUDADANÍA SERÁ EXTENDIDA, INCLUYENTE, BASADA EN LA DIGNIDAD DE TODOS Y TODAS

La cultura y la identidad son un acto creativo y protagónico de todos y todas.

La diversidad de ellas es una riqueza de la humanidad en su conjunto.

Los actuales problemas, incomprensiones y choques son fruto de modos de pensar y hacer todavía insuficientemente humanos, que empobrecen a todos con pérdida de humanidad.

Crece y crecerá la plena conciencia que ninguna cultura e identidad es más o mejor que otra; que son diferentes formas de lo mismo: cómo una comunidad humana ve el mundo y se entiende.

Toda persona y comunidad tienen pleno derecho a su o sus culturas e identidades, en mutua armonía y respeto con todas las demás, que emana del mero hecho de existir, y no de ninguna otra fuente.

Ninguna cultura e identidad puede ser negada o puesta en menos dignidad o derechos.

Todo “universalismo” ha sido hasta ahora un contrabando: una localidad que se ha presentado engañosamente como universalidad.

El único “universalismo” legítimo será el construido por todos y todas, libre, consciente y armónicamente.

La cultura y la identidad podrá ser extendida e incluyente, podrán ser una o más de ellas las que cada cual ejerza, siempre en mutua armonía y respeto con todas las demás.

La ciudadanía, en tanto derechos y dignidad humanos, no nace ni es gracia de ningún poder, autoridad o Ley.

La actual identificación de ella con la nacionalidad no es más que una muestra de falta de humanidad, propio de esta época histórica.

La ciudadanía es planetaria y la humanidad ha de avanzar al pleno reconocimiento de esta verdad evidente que nace del hecho de existir la humanidad.

Todos los derechos, económicos, sociales, culturales, individuales y colectivos, en plena igualdad y dignidad, los derechos a la paz, la solidaridad y la armonía con el planeta y el universo, serán un deber irrenunciable de todo poder y toda autoridad.

HASTA QUE EL PLENO CUMPLIMIENTO DE LOS PRINCIPIOS DE ESTA CARTA SEA UNA REALIDAD, TODOS Y TODAS LOS SERES HUMANOS CONCIENTES Y RESPONSABLES, TODOS Y TODAS LOS MIGRANTES Y PERSONAS QUE VIVIMOS TODAS LAS FORMAS DE MOVILIDAD HUMANA, ASUMIMOS EL DEBER DE LUCHAR POR ESTE DEBER DE HUMANIDAD.

Fuente:

http://www.idasyvueltas.com.uy/index.php?option=com_content&view=article&id=51:carta-latinoamericana&Itemid=65